

Pola

Sonia Rodríguez Acevedo

Aceptó la invitación casi sin pensarlo, de lo contrario nunca se hubiera comprometido a ir de paseo con las “muchachas” en aquel autobús cuyo chofer pasaba de los 80 años.

Nunca salía de su casa a excepción de las citas médicas o para acompañar a su anciana madre al “super” lo que constituía una tortura para ella. Le fastidiaban esas largas filas en los supermercados especialmente durante los días en que la gente recibía los cupones de alimentos. Le molestaba ver esas mujeres de uñas acrílicas pintadas con diseños chinos, celular en mano, todas pintorreadas como si fueran para una fiesta de disfraces y con dos o tres muchachos agarrándose de sus faldas pidiéndole que le compraran tal o cual golosina; el carro tan lleno de compra que apenas podía arrastrarlo, lo interesante era que al momento de pagar, muy tranquilamente entregaban la tarjeta de la familia a la cajera para que cobrara. Todo lo contrario a ella y su mamá que tenían que hacer milagros para alargar la comida del mes. La verdad que nunca había solicitado nada del gobierno, un sentido de dignidad se lo impedía.

Su pensamiento giró nuevamente hacia la invitación del viaje. Ese día se había sentido más cansada que nunca, hastiada de las letanías de su mamá que la vigilaba constantemente para que no dejara de tomar sus medicamentos o que se los tomara correctamente como si ella fuese una niña. Una niña, pensó, si casi se sentía tan anciana como ella. Tal vez su madre pensaba que podía querer suicidarse tomando una sobredosis de medicamentos, bueno, no estaría tan lejos de la verdad, pues muchas veces pensó que esa sería la forma ideal de escapar de ese mundo asqueante que la rodeaba, de esa maldita ciudad, de su vecindario de calles pequeñas, angostas y tristes.

Había nacido y crecido en aquella comunidad. De pequeña corría por las estrechas calles, que entonces le parecían anchas avenidas, sus casitas se convertían en palacios ante su mirada de niña. Especialmente le gustaba entrar a la casa de la esquina cuando sus moradores se ausentaban. Entraba descalza, sigilosamente, sin tocar nada lo miraba todo con fascinación, todo le parecía hermoso, las fotos de viejos familiares vestidos en aquellas ropas antiguas, los viejos quinqués, el fogón donde la doñita cocinaba aquellos ricos manjares, aquellas delicias cuyo aroma arrojaba el vecindario llegando hasta su casa. En muchas ocasiones había probado aquellos ricos platos, especialmente en Navidad cuando el espíritu de la gente parece inclinarse más a compartir. Aunque en aquella comunidad se compartía de todo, alegría, tristezas y pobreza por igual.

Ya en pleno viaje se tornó para observar el rostro de la compañera sentada a su lado. No la conocía, tal vez era familia de una de las “muchachas”. Inspiraba confianza la expresión de nobleza plasmada en aquel rostro marcado por los años. De momento se encontró diciéndole, “Hola, soy Pola y ¿tú? Yo soy Toñita, ¿de dónde vienes? Así fueron conversando sobre el tiempo, la política, lo difícil que estaba todo, la familia. En un momento dado Toñita pregunta a Pola, ¿eres casada? Soy viuda contestó Pola e inmediatamente se sumió en sus recuerdos. La nueva amiga siguió hablando, pero ya Pola no la escuchaba, viajaba a través de sus recuerdos experimentando el dolor que permanecía como un aguijón dentro del pecho.

De momento volvió a escuchar la voz de su compañera de viaje que le preguntó, Pola, ¿te dormiste? te pregunté si tenías hijos. Pola la miró fijamente y luego de acomodarse en su asiento le dijo, mira, posiblemente hoy sea un buen día para comenzar a salir de mi desierto, así que te voy a contar algo que nunca hablo con nadie.

Me casé muy joven, apenas tenía unos 15 años. Me enamoré de un hombre mayor para mi edad. Era guapísimo, recién había llegado del ejército. Tenía familiares en el barrio y todos los fines de semana venía a visitarlos. Yo lo velaba por la ventana entreabierta de mi casita de madera y rápidamente me las inventaba para correr a la casa de la vecina para verlo más de cerca. Mi siempre imaginación juvenil me hacía verlo como un príncipe de cuentos de hadas. Su hablar inteligente y pausado me encantaba, me quedaba como una tonta simplemente mirándolo. Pronto él se daría cuenta de mi arrobamiento y en ocasiones detenía su conversación para mirarme y sonreír. En esas ocasiones me parecía que el mismo cielo se abría para dejarme escuchar melodías sublimes. Tal era mi enamoramiento.

Un día al salir de la escuela lo encontré esperándome, el corazón se me quiso salir del pecho por la emoción. No tuvimos que decirnos mucho, yo le interesaba, pude verlo en sus ojos soñadores, en su tierna sonrisa. Nos hicimos novios y quisimos dejárselo saber a mi mamá. Fue una lucha inmensa convencerla para que le permitiera visitarme como prometido. Sus argumentos se basaban en el hecho de que él tenía un pequeño hijo, concebido en un amor fugaz. La madre del niño se lo entregó tan pronto nació y no se supo más de su paradero. La abuela paterna se hizo cargo de su crianza.

Pacientemente esperamos hasta que mi vieja accedió a que nos comprometiéramos. Un hermoso día del mes de julio nos casamos. Fue una boda sencilla y hermosa, la catedral fue adornada con flores y helechos desde la entrada hasta el altar. Todo lo que había soñado se cumplió aquel día. Mi noche de boda fue maravillosa. La pasión y el amor se complementaron en una fusión perfecta que dio inicio a una vida matrimonial rodeada de amor y ternura.

Pasado algún tiempo decidimos traer al niño de mi esposo a vivir con nosotros. Su abuela se encontraba enferma y se le hacía difícil cuidarlo. Raulito era un chico juguetón y travieso que llenaba la casa con su alegría contagiosa. Me sentí feliz, el niño vino a llenar ese vacío de ser madre. No sabía porqué no salía encinta, los dos estábamos saludables y aptos para procrear. Desbordé el cariño y energía de mi juventud en el

niño. Lo acompañaba en sus juegos y luego más tarde a su equipo de pelota, no me perdía un partido. Raulito me buscaba con sus ojitos antes de darle a la bola, yo me ponía de pie en la banca del parque y le daba una señal de triunfo con mis dedos que él siempre esperaba.

Mi vida transcurría bastante tranquila. Retomé mis estudios y me convertí en profesora universitaria. Nuestra vida era bastante cómoda, mi esposo dirigía una famosa firma de contables y entre los dos parecía no faltar nada, sin embargo la ausencia de un hijo nacido de nuestro amor hacía un hueco en nuestros corazones.

Por fin el milagro esperado se dio. Estaba encinta. La casa se llenó de alegría y entusiasmo. Raulito no cesaba de decir lo mucho que le enseñaría a su hermano o hermana a jugar pelota. Entre su padre y él me llenaron de atenciones y cariño. Fue un maravilloso embarazo. Por fin llegó el día en que recibimos juntos a nuestro hijo en la sala de partos. Tenía los ojos soñadores de su padre y el pelo negro y rizo como el mío.

Dejé de trabajar para dedicarle tiempo al niño, no quería que nadie me lo cuidara. Poco a poco casi sin percatarme el ambiente tranquilo, alegre y saludable del hogar cambió. Me alteraba por cualquier cosa, comenzó a molestarme todo lo que Raulito hacía y un día le grité a mi esposo que se lo llevara de la casa aunque fuera por un tiempo. Mi esposo no salía de su asombro, se tornó apesadumbrado y triste. Me daba cuenta de que algo andaba mal conmigo, pero no lo entendía. Amaba a mi esposo y no quería hacerle daño, ni hacerlo sufrir., tampoco quería destruir lo que hasta ese momento constituía mi familia,

Acordamos ir al médico. “Está pasando por una crisis post parto” fue su diagnóstico, recomendó medicamentos, distracción y tranquilidad. Asombrosamente nada funcionó, era como si otra persona hubiese tomado el control de mis acciones. Llegó el día en que mi esposo tomó la difícil decisión de llevar a Raulito a vivir con una tía “en lo que Pola mejora de salud, le dijo”.

Transcurrieron dos años y Raulito nunca regresó a la casa, siempre que mi esposo mencionaba su regreso lo posponía con cualquier excusa. Según me contaron su vida se convirtió en triste y sombría. Nada quedaba de aquel jovencito alegre y bullicioso. Echaba de menos lo que fuera su hogar. Aunque su papá lo veía con frecuencia y a veces lo traía a la casa para que viera a su hermanito, su vida nunca fue igual, no podía entender a cabalidad lo que había pasado. Un día caminaba cabizbajo rumbo a la escuela sumido en sus pensamientos y cruzó la avenida sin mirar, un camión lo impactó dejando su cuerpo prácticamente pegado al pavimento.

“No sufrió le dijeron los médicos en forma de consuelo al padre, su muerte fue instantánea.” Pero el consuelo nunca llegó. Aquella tragedia sacudió los cimientos de nuestro ser. Mi esposo se tornó reservado y frío, apenas me miraba a los ojos. La

angustia y el remordimiento azotaban mi espíritu. Las preguntas se agolpaban en mi mente, por qué actué de aquella forma, qué me había pasado si yo amaba a Raulito como un hijo.

Mi esposo comenzó a tomar y poco a poco fue ausentándose al trabajo hasta dejar de ir por completo. Tomaba todo el tiempo y cuando llegaba de madrugada se sentaba en un sillón a rumiar su dolor. Sus gemidos llegaban hasta mi dormitorio, pero nunca me dijo nada, ni un reproche, ni una queja, absolutamente nada, era como si estuviese muerto por dentro. Ni siquiera nuestro pequeño hijo lograba sacarlo de su estado anímico.

Un día simplemente no llegó, luego de tres días avisamos a la policía para que nos ayudara a buscarlo, los vecinos se unieron en la búsqueda y por fin lo encontraron colgado de una viga en el sótano de la vieja casa donde había vivido junto a su mamá hasta el día en que nos casamos.

Desde aquel día en que me avisaron de lo sucedido perdí la noción de todo. Me volví loca por el dolor, enajenada caminaba las calles arriba y abajo llamando el nombre de mi esposo y el de Raulito hasta caer agotada en cualquier rincón o hasta que ante los ruegos de mi madre alguien salía en mi búsqueda y me traían a casa desmayada por el hambre y el cansancio. Mi madre aunque ya entrada en años se mudó a la casa para cuidar del niño y ayudarme en lo que podía. Un día en que me resistía a regresar me hospitalizaron por varias semanas en una institución de salud mental.

Cuando me dieron de alta encontré que había perdido mi casa, así que ahora estaba de regreso al barrio donde había crecido el cual se me antojaba mas lúgubre y triste que nunca. Mi mamá salvó la mayor cantidad de muebles que pudo y nos acomodamos junto al niño de la mejor manera posible.

Mi vida había dado un giro de 80 grados y no sabía por donde comenzar. De aquella mujer joven y alegre no quedaba nada. Una mañana desperté muy temprano, sentí deseos de salir a la calle, respirar el aire de la mañana que recién se levantaba. Sin apenas percatarme mis pasos se dirigieron a la casa de la esquina, penetré el portón y rápidamente me encontré en el patio. Todo estaba en silencio, solamente el murmullo del mar cercano y el trino de los pájaros circundaba el ambiente. Tan sigilosamente como antaño subí hasta el balcón y penetré a la casa que permanecía abierta. Después de morir la doñita los hijos no se ocuparon más de la vieja casa y solo les interesaba venderla para repartirse la poca herencia. Desde el balcón observé lo que ya parecía un bosque, las espigas y flores se entrelazaban danzando a través de los suaves rayos del sol que apenas comenzaba a salir, mariposas de mil colores revoloteaban alrededor, los pajarillos cantaban melodías en diferentes tonos. Busqué con la vista el sillón donde solía sentarme y allí estaba todavía. Sentada en aquel lugar que se antojaba como un paraíso pude reflexionar sobre lo que me había acontecido. Mi niñez había transcurrido sin muchos sobresaltos con excepción de la muerte de mi padre cuando aún era muy pequeña, un hecho que apenas recordaba así que no me causaba dolor. Mi madre me crió con rigor, pero con mucho amor y desvelo. Era su única hija, me educó bien y me inculcó las bases

morales con las que viví siempre. Nunca estuve preparada para las experiencias dolorosas que ocurrieron en mi vida.

Hasta ese momento Pola había mantenido su mirada fija en algún punto lejano mientras relataba su historia. De momento volvió a quedarse callada rompiendo el silencio su nueva amiga Toñita quien mirándola fijamente le inquirió y ¿qué ha pasado con tu hijo? Mi hijo se casó y vive con su esposa en los Estados Unidos. Nos vemos muy poco. La verdad es que nuestra relación es muy fría. No lo culpo, he sido una madre distante pues aunque lo cuidaba y siempre atendí sus necesidades me negué a darle el afecto que mi corazón gritaba brindarle. Sentía miedo de entregar mi cariño, me parecía que alguna desgracia ocurriría. Me he negado el amor para no herir ni salir herida.

Tu historia me ha conmovido, le dijo Toñita, pero tengo que decirte que debes dejar de sentirte culpable. Los seres humanos no tenemos absoluto control de lo que ha de suceder en nuestras vidas. Aprovecha tu dolor, no para sentirte amargada y triste sino para sanar tu corazón. Comparte tu dolor y amor con otros que necesitan una palabra de aliento. Compartir el dolor de otros te hará más fuerte. Me parece que has dado un gran paso hoy al querer salir de tu encierro y aún más al abrir tu corazón para contarme tu historia. Eres más fuerte de lo que crees y si estás con vida es porque te quedan muchas cosas por hacer. Dentro de ti hay una fuerza superior que te mueve, descúbrela y verás que podrás ser feliz sin importar lo que pase a tu alrededor

Pola miró nuevamente el rostro de la mujer, la observó con detenimiento. Su rostro aunque surcado por los años denotaba paz, sus ojos al mirarla estaban llenos de vida y sobretodo de amor. Era extraño, aquella anciana mujer la hacía sentir que la vida no se terminaba para ella sino que comenzaba, que algo nuevo y hermoso empezaba a gestarse en lo profundo de su ser. Aquel viaje no había sido casualidad.